

Tiempo de utopías

Utopías y utópicos

Eugenio Mateo

El concepto utópico de una sociedad más justa tiene la limitación de la presunta imposibilidad ¿Es acaso inútil, pues, mantenerlo?

La utopía es un resorte que el ser humano usa para esquivar el amargo hallazgo que a diario la realidad impone, y cobra sentido, más que nunca, en el refugio del espíritu al amparo intangible de los sueños. Apelar a lo imposible es justo un sentimiento de valentía, el valor no deja de ser una enajenación transitoria y la dosis justa de locura nos hace diferentes, a la vez inteligentes para no engañarnos del todo, sensibles ante nuestra incapacidad, capaces de soñar despiertos, alertas ante todo lo posible.

A veces nos parece rozar la utopía, aunque hacerlo la convierta en doméstica. Aspiraciones que pueden parecer cotidianas y que sin embargo exigen de sacrificio, como por ejemplo llegar a fin de mes y no morir en el intento, necesitan creer en la posibilidad de un cambio de las cosas porque la esperanza tiene mucho de utopía. Una posibilidad es dejarse llevar por el subjetivismo, de tal manera que todo dependa de lo que depende y la utopía pudiera regularse a voluntad y según las

circunstancias, que subjetivamente irían desde el conformismo hasta la rebeldía en un intento de actitud bipolar.

“ Toca reivindicar la utopía como consigna para seguir viviendo por encima de nuestra insignificancia.

”

Existen, sin embargo, tantas utopías como seres utópicos. Aún, la utopía global es una amalgama de las individuales y cada abandono, cada desencanto restan épica al supremo gesto de lo imposible hecho realidad por aquellos que nunca renunciaron a los sueños y gracias a los cuales el mundo se sigue inventando a sí mismo. Un mundo sin utópicos no merece la pena. Es inimaginable una población sin sueños o de soñadores con apnea que no recuerden sus sueños. Toca reivindicar la utopía como consigna

para seguir viviendo por encima de nuestra insignificancia, solo así puede entenderse cómo la viven los que cruzan el mar tras la Amauroto de la que escribiera Tomás Moro.

Hay teorías como la de Karl Popper que previenen sobre la utopía de Platón vinculándola al totalitarismo de una sociedad jerarquizada a la manera de lo que describió en “La República”. Ciertamente es que el actual sistema de poder recuerda mucho al planteado por el sabio griego, pero la distopía refleja una sociedad futura moralmente alienada, de la que ya hablaron Huxley, Orwell o Bradbury y puede que sea lo que nos espera si el antónimo de la utopía consigue involucrarnos. ¿Debe esto considerarse como una “balcanización” de lo imaginario? ¿Son las utopías de izquierdas o derechas? ¿Se idealiza de manera distinta por cada clase social? A los nuevos parias de la tierra no les queda más remedio que creer en ella, aunque solo sea un poco. A los poderosos de este mundo no les queda otra que recordar que su éxito depende de lo ocupados que anden



Justicia (Eugenio Mateo)

aquellos buscando el rastro perdido de sus quimeras. El marxismo como filosofía preconizó una utopía a la que su propio materialismo redujo a ideología y el capitalismo quiso hacernos adictos al consumo desahogado de placebos en la más pura línea de la distopía. La utopía de los trabajadores no debe ser igual que la de los patronos. Poder cubrir los gastos de una vida asalariada cobra capital importancia en estos momentos tan difíciles. Tener salud y un trabajo digno sería pedir poco, pero se ajusta a la teoría de la utopía posible. — ¿Nos dejan las circunstancias pedir más? —. No es una renuncia lo que se nos propone, es un desahucio en toda regla de los zaguanes de la mente, de modo que se busca un mundo plano en el que no quepan conjeturas.

Nos agarramos a un holograma. La utopía es incierta, la realidad también. A la incertidumbre se le puede considerar como un equilibrio metafórico entre lo material y lo ensañado que no acaba de encontrar el fiel de la balanza. En la leva de la

vida hay de todo: afectos, confiados, iluminados, ofendidos, desengañados, supervivientes y malvados; en la voluntariedad por lo imposible no importa que nadie hubiera contado nunca sobre sus efectos, porque son voluntarios sin etiqueta. Cruzar la frontera de las certezas es una meta a descubrir en la que incluso el riesgo al fracaso merece la pena. Imaginar lo imposible es el último recurso en la jugada, el todo o nada de los designios nunca revelados, el cara o cruz de poder ser más allá de lo que ya somos.

A veces, los utópicos se juntan y deciden proyectos que van contra corriente con una dosis imprecisa de futuro. Esta revista, sin ir más lejos, es uno de esos casos en los que la determinación en su utopía insufla un sentimiento de autonomía capaz de avanzar a pesar de todo, del olvido institucional o del desinterés de los que comunican. *Crisis* es una utopía que se hace posible mirando de reojo su limitación; Por eso aguanta los embates y sigue independiente, unida a la sociedad a la que se debe

en un intercambio sin intereses, con la soledad del corredor de fondo. La soledad, que alguno considera una utopía, necesita de horizontes abiertos para ser experimentada en su real dimensión, incluso para ser sufrida, pues distintas son las formas en las que puede vivirse. Publicaciones como ésta, incomprensiblemente marginadas de las subvenciones, no merecen una utopía frustrada. — ¿Qué será de la palabra cuando ya no sea entendida? —. Revistas así son ínfimas candelas que tratan de ayudar a dar luz en un mundo de destellos, contumazmente enajenadas escamoteando a diario lo posible de la suma apabullante de lo imposible. Pedir a la utopía un simple signo de existencia es tanto como no creer en ella, aunque, considerándolo bien, no estaría de más alguna demostración palpable.